

Feliz cumpleaños

Alberto se enjabonaba dentro de la ducha mientras el chorro de agua caliente caía frente a sus pies. «Lávate bien», le había dicho su papá, «que hoy te vuelves hombre». Era su cumpleaños número quince y había pensado que, al volver del colegio, como era viernes, tal vez podría ir al cine a ver una película con sus amigos. Pero su papá había hecho otros planes: «Te busco a las siete. Feliz cumpleaños, hijo». Así que, después de que el bus del colegio lo dejó en casa, Alberto almorzó la mitad del pollo guisado con arroz y lentejas que su mamá le había dejado sobre la mesa, perdió el apetito, durmió algunas horas, y entró a la ducha.

Conociendo a su papá, ya sospechaba a lo que este aludía, pero no sabía nada con certeza; con él nunca sabía. Dentro de la ducha, recordó lo bonita que le había parecido Laura esa mañana en el colegio, con ese lazo verde como de seda que le amarraba la cola castaña y le resaltaba los ojos azules. Y qué linda cómo le dijo «¡feliz cumpleaños, Alberto!» cuando se acabó la clase de informática, y cómo le dio un abrazo de esos grandes, envolviéndolo en sus finos brazos, apoyándole la cabeza contra el pecho y cerrando los ojos con una sonrisita, diciendo: «Espero que disfrutes tu día». Y cómo se fue caminando hacia la salida, pero no sin antes voltearse y sonreírle con la mirada. Cuando la perdió de vista entre la masa de uniformes escapándose de la semana en el colegio hacia el fin de semana en la ciudad, Alberto pensó: «Qué linda que es. Ya está bueno: el lunes me le declaro».

Se enjuagó completamente bajo el chorro de agua. Cerró la llave de la regadera, salió, se secó el cabello rascándose la cabeza con la toalla, se secó el cuerpo palpando la toalla sobre donde hubiese gotas, se amarró la toalla para que lo cubriera de la cintura hacia abajo, y caminó descalzo hasta su habitación; por suerte el piso no estaba tan frío. Miró el reloj que había dejado sobre la cama: ya pronto llegaría su papá. Se puso el reloj en la muñeca izquierda. «A ver, a ver, a ver»,

dijo para sí con un nudo en el estómago mientras revisaba el armario y las gavetas para decidir qué ropa se pondría. Se puso un bóxer *sport* que había comprado en algún viaje por mucho más dinero de lo que debiera costar un bóxer. «Mejor que sosobre a que sofalte», pensó. Se puso un pantalón negro de vestir y una camisa de vestir rojo vino, ambas piezas nuevas. Tomó sus zapatos formales y, usando una esponja humedecida con betún, los pulió hasta que relucieron. Hizo lo mismo con su correa de cuero. Se puso los zapatos y la correa. «Junto con el reloj», le había dicho su encantador abuelo, «al hombre lo hacen los zapatos y la correa». Se lavó los dientes, a pesar de que creía habérselos lavado ya, antes de entrar a la ducha. Se puso colonia justo como le había enseñado su papá años atrás: «Una salpicada en el cuello, otra en una muñeca justo bajo la palma de la mano, junta y frota las dos muñecas, dobla los codos y pásate las muñecas de arriba hacia abajo desde delante de las orejas hasta donde se acaba la quijada. Y no te echés más, que después hueles barato».

Alberto escuchó un distante bocinazo de auto. Su respiración se aceleró y perdió profundidad. Sintió terror. Se relajó por un momento: «Tal vez sea donde el vecino», pensó. Escuchó otro bocinazo, este mucho más cercano. Supo que no era donde el vecino. Había llegado su papá. Se echó en el cuello una pequeña salpicada adicional de colonia para asegurarse de que olería bien. Se miró en el espejo de su habitación y respiró hondo. Escuchó un tercer bocinazo. Trotando, salió de la habitación y de la casa. Cerró la puerta principal. Salió por la reja del garaje. La cerró. Caminó hacia la puerta de pasajero del imponente auto de su papá: un auto negro, grande y pesado, cuyo motor rugía incluso al estar el auto inmóvil. A veces, Alberto imaginaba que había un monstruo atrapado en las profundidades del motor, tratando de escapar. El auto parecía un tanque. Alberto abrió la puerta.

—¡Je! ¡El cumpleaños! ¿Cómo estás, hijito?

Su papá le dio un beso efusivo en la mejilla. Alberto se rio por lo exagerado del saludo.

—Hola, papá. ¡Bien! ¿Tú cómo estás?

—Yo en la lucha, que es mucha. ¿Pero qué chucha?

—Ja ja, así estamos todos —dijo Alberto, recordando que el hombre que vendía empanadas afuera del colegio había dicho las mismas palabras esa mañana.

—Así mismito es. Pero qué carajo; hoy es tu cumpleaños y lo celebras en grande, así que es un buen día. Feliz cumpleaños, hijo.

—Gracias, papá... ¿A dónde vamos?

Al papá de Alberto se le escapó una sonrisa pícaro.

—Tú despreocúpate, hijo.

Y el tanque rodó.

A Alberto se le apretó el pecho. Miró al frente. Pensó en Laura. Le comenzaron a temblar las manos. Las escondió bajo las piernas para que su papá no se diera cuenta. El sistema de sonido del tanque comenzó a disparar *rock* pesado con guitarras eléctricas densas y distorsionadas, y baterías sucias y ruidosas. La voz de su papá atravesaba el ruido para decirle que debería sentirse afortunado, que todos sus amigos matarían por un cumpleaños así, que causaría envidia, que es mejor volverse hombre tarde que nunca; pero Alberto se limitaba a asentir con la cabeza y con una sonrisa forzada apenas perceptible. Fantaseaba con poder abrir la puerta del tanque, saltar, rodar sobre el pavimento de la calle y escaparse, para poder llamar a sus amigos e ir al cine. Sus manos temblantes comenzaron a sudar frío, humedeciendo así la tela del pantalón de vestir, como si se hubiera sentado sobre dos grandes cubos de hielo. Su papá estornudó.

—¿Te echaste colonia como te enseñé? Porque creo que se te fue la mano.

—Sí, sí, me eché como siempre —mintió Alberto—. Deben ser las lluvias y los cambios de clima —agregó. Su papá volvió a estornudar.

—Sí, estás clarito; eso mismo va a ser. Es de diablo el clima en este país. Insoportable.

—Ja ja, sí.

El tanque dejó de rodar frente a la puerta principal de un edificio de unos diez pisos. El papá de Alberto apagó la radio y el ruido cesó. Ya había anochecido, así que las únicas luces que alumbraban la fachada del edificio provenían de unos cuantos postes cercanos que izaban lámparas anaranjadas. Alberto percibió que el edificio había sido color crema y que, con los años y la humedad, la pintura se había pelado. Su color ahora incluía rastros de crema, sí, pero entrelazados con manchas de gris y de negro, al igual que algunos trozos de pintura blanca que colgaban y ondulaban con la brisa como banderitas blancas. Una mujer salió por la puerta principal del edificio. Era muy alta y guapa; tenía el pelo en una cola. Se acercó al tanque y abrió una de las puertas traseras.

—Buenas noches, ¿cómo están? —dijo la mujer, con voz melodiosa.

—¿Tú cómo estás? —le dijo el papá de Alberto—. Déjame que yo responda por ti: estás más guapa que nunca. ¿Y ese reloj? ¿Es nuevo? Te queda muy elegante.

—Ay, usted sí es —dijo ella con mirada elusiva—. Muchas gracias. Muy amable. ¿Y quién es este chico? ¿Es Alberto, cierto?

Alberto seguía mirando al frente con las manos bajo las piernas. Pensó en Laura y en la suavidad de las manos de ella, de la cual se percató cuando bailaron juntos por primera vez en la fiesta en casa de Liz.

El papá de Alberto se tornó serio y miró a su hijo.

—Responde. La dama te está hablando.

Alberto reaccionó y miró hacia atrás, hacia la mujer.

—Hola, sí, Alberto. Mucho gusto.

—Yo soy Camila —le dio la mano a Alberto— y el gusto es mío. Feliz cumpleaños.

—Gracias.

El papá de Alberto notó la reserva de su hijo e intervino.

—Tú disculpa, Camilita, que Alberto es algo tímido.

—Oiga, nada de eso. A mí se me hace como un chico muy chévere.

El papá de Alberto miró a su hijo con una sonrisa celebradora.

—¡Aya, hijo! Le gustaste ya... ¡Qué animal! —dijo, y le dio dos palmadas en el hombro.

Alberto sintió una chispa de halago dentro del miedo que lo llenaba y soltó una pequeña risa, la cual Camila imitó. Él respiró el perfume de ella, demasiado perfume, demasiado fuerte; sintió una nube de estornudos formándose en el fondo de sus pulmones y sintió cómo subía, y subía, y subía:

—¡Achú! ¡Achú! ¡Achú!

—¡Salud! ¡Dinero! Y mucho amor —dijo Camila.

—Gracias —dijo Alberto con tono serio, aún recuperándose de los estornudos. Al papá de Alberto le disgustó la seca respuesta de su hijo, pero decidió no comentar al respecto.

—Bueno... nos fuimos —dijo.

Y el tanque rodó.

El papá de Alberto volvió a encender la radio, pero esta vez puso boleros. De vez en cuando, Camila decía algo como «¡esta canción me encanta!», y el papá de Alberto subía el volumen. Alberto no era muy fanático de los boleros, que podían llegar a ser empalagosos, así que entró en su propia mente para no escucharlos. Pensó en cuando se sentó con Laura en el bus escolar

de camino a una excursión y en cómo analizaron las letras de algunos boleros para burlarse. Laura decía cosas como: «Okey, entonces él no puede vivir sin ella... ¿Pero ella ya se casó con alguien más? Más que romántico me suena como un mal negocio», y Alberto no dejaba de reírse. Pensó en que cuando llegaron al destino de la excursión, un museo de ciencias naturales, él decidió que la tomaría de la mano por primera vez, pero a Laura se la llevaron las amigas en cuanto bajaron todos del bus; aunque, al final de la excursión, ella se despidió de él con un besito en la mejilla y, esa noche, ya de regreso en su casa, él estaba tan lleno de alegría que se le olvidó cenar.

El tanque dejó de rodar frente a una casita.

Tenía sólo una puerta y sólo una ventana, lo cual sugería una sola habitación. Los restos difusos de luz anaranjada de una lámpara lejana apenas alumbraban la fachada de la casita; parecía estar pintada de verde. No había nadie alrededor.

—Bueno... que se diviertan —dijo el papá de Alberto—. Aquí los espero.

—Listo, señor —dijo Camila sonreída. El papá de Alberto le dio unas llaves y ella se bajó del tanque, cerrando la puerta detrás de ella.

El papá de Alberto apagó los boleros y el motor, el cual dejó de rugir. Se escuchaban grillos nocturnos vocalizando. Alberto miraba al frente y, a través del parabrisas, vio cómo Camila insertaba una llave en la cerradura, le daba algunas vueltas, abría la puerta, miraba atrás hacia el tanque con una sonrisa, entraba en la casita, se soltaba la cola y cerraba la puerta.

—Feliz cumpleaños, hijo. Ten —le dio a Alberto dos estuches del tamaño y la forma de grandes monedas circulares, de un aluminio suave, con algo húmedo adentro—. Lleva dos, por si acaso. Mejor que sosobre a que sofalte —agregó con su sonrisa pícaro.

—Papá —dijo Alberto. Su papá advirtió las manos temblantes.

—Dime, hijo.

—No quiero ir.

Su papá respiró hondo.

—Relájate, hijito, que la primera vez siempre da miedo —dijo, y le dio dos palmadas en el hombro—. Apenas uno empieza uno se suelta.

Alberto pensó en Laura.

—No es eso... Es que no quiero.

—Dale, oye, relájate y pásala bien. Hoy es tu día.

—Papá, no quiero.

Repentinamente, el rostro de su papá cambió de cariño a ira y su voz de bolero a *rock*:

—No seas tan maricón y bájate del hijo de puta carro.

Alberto se asustó y, con los dos estuches encerrados en una mano temblorosa, se bajó del tanque. Cerró la puerta con cautela. Mientras caminaba hacia la casita, sentía el impulso de salir corriendo; pero no sabía ni dónde estaba ni dónde podría ir. Escuchó a los grillos. Pensó en Laura. Entró en la casita.

Más tarde, salió. Su papá se había quedado dormido en el tanque. Alberto dio unos sutiles golpes con los nudillos al vidrio de la ventana y su papá se despertó de un salto. Hizo un gesto como si tuviera una pistola en la mano, listo para defenderse, lo cual le causó gracia a Alberto, quien comenzó a reír. Camila, quien esperaba frente a la puerta trasera del tanque amarrándose la cola en el pelo, también se echó a reír. El papá de Alberto desatrancó las puertas. Camila entró. Alberto también. Su papá encendió el motor, el cual rugió.

—Uf, qué vergüenza —dijo, y bostezó—. Ha sido un día largo.

—Se le nota —dijo Camila, devolviéndole las llaves. Todos rieron.

Y el tanque rodó.

En el trayecto de regreso al edificio de Camila, no hablaron sobre nada que hubiese podido acontecer en la casita. Muy por el contrario, hablaron como si nada nunca hubiese acontecido. El papá de Alberto comenzó a quejarse del desgraciado clima, de estas lluvias, que cómo se supone que la gente viva bien en un lugar así. Camila estaba de acuerdo y agregó que lo peor es cuando por las noches cae esa lluviecita de la cual uno ni se percata hasta que al día siguiente da la neumonía, y afirmó que «es el sereno lo que lo mata a uno». Pusieron más boleros. De ahí comenzaron a hablar sobre el gobierno sucio y sobre los políticos que son todos una sarta de ladrones y corruptos, que este país antes no era así, que todo está podrido y que vamos para peor, que aquí lo que toca es nadar en mierda y tratar de no ensuciarse. Hablaron de sus planes para el resto del fin de semana, que el papá de Alberto se iba a largar a la finca para alejarse de esta ciudad que es puro estrés y Camila se iba para la playa por la misma razón. Alberto no habló en todo el trayecto.

El tanque dejó de rodar frente a la puerta principal del edificio de Camila. El papá de Alberto apagó los boleros.

—Bueno, Cami —dijo—. Buenas noches y te cuidas.

—Usted igual, señor —respondió Camila. Se dirigió a Alberto—: y tú también, Alberto. Eres un buen chico. Feliz cumpleaños.

—Gracias, Camila. Buenas noches —dijo Alberto.

Camila se bajó del tanque y, sin mirar atrás, desapareció tras la puerta del edificio.

—¿Entonces? —dijo el papá de Alberto mientras el tanque comenzaba a rodar—. Echa el cuento. ¿Cómo fue? ¿Es lo mejor que hay, no?

—Sí, sí, bien.

—Pero ¿cómo así que bien? Cuenta algo.

—Bueno... estudió psicología en la universidad.

Alberto sintió que hablaba solo. Miró a su papá, a quien notó ensimismado, lejano, con ojos perdidos.

—¿Papá?

A la orilla de un lago que está rodeado por árboles frondosos, sobre la hierba, hay un niño sentado. Es el futuro papá de Alberto y hoy es su cumpleaños número doce. Sopla una suave brisa mañanera, un poco fría, pero limpia y pura. La cara del niño refleja una sonrisa interior; no hay nada que le dé más paz que la naturaleza, especialmente la naturaleza en la finca familiar. Para él, es el cumpleaños perfecto. Percibe a un hombre, su papá, el futuro abuelo de Alberto, acercándose hacia él; el sonido de los zapatos italianos pisando la hierba con elegancia es inconfundible, al igual que el olor a ron. Lleva de la mano a una mujer. Es muy alta y guapa. No es la mamá del niño. «¡Feliz cumpleaños, campeón! —dice el hombre—. Aquí te traigo a una buena amiga mía para que te ayude a celebrar». El hombre le da un beso en la boca a la mujer. La mujer le da la mano al niño sentado y dice con voz melodiosa: «Es un placer». Ella se puso demasiado perfume. El niño estornuda: «¡Achú!». Ella ríe con coquetería: «¡Salud!». «Gracias», dice el niño, con una sonrisa cortés. La mujer lo hala de la mano con delicadeza para que se levante y hace un gesto con la cabeza indicando una cabaña que colinda con el lago. «Vamos», dice, con cariño. El niño se resiste y pone el cuerpo pesado. El hombre, quien hasta entonces había estado sonriendo con orgullo y con los brazos cruzados, se torna serio. La mujer hala al niño con un poco más de fuerza.

El niño se resiste. «No quiero», dice. El hombre descruza los brazos y se inclina hacia el niño. Le pega en la cara con la mano abierta. La mujer se asusta con el sonido explosivo de la mano áspera golpeando la suave mejilla, pero no dice nada. El niño comienza a llorar. Tiene la forma de una mano pintada en rojo sobre su cara. «Muévete», dice el hombre. El niño, inmóvil, llora más intensamente. El hombre le da otra bofetada, esta más fuerte. «Te dije que te muevas —dice el hombre—. Y deja de llorar. Yo prefiero una hija puta que un hijo maricón». El niño deja de llorar; se traga las lágrimas. El hombre se dirige a la mujer con encanto repentino: «Llévatelo, corazón». Ella vuelve a darle la mano al niño, quien ahora se pone de pie, con cautela. Ella es mucho más alta que él. Caminan de la mano hacia la cabaña. Ella mira al frente y el niño mira hacia la superficie plácida del lago. Sopla la brisa. El hombre se sienta sobre la hierba justo donde el niño había estado sentado. La siente cálida. Ensimismado, el hombre observa las pequeñas ondas que dibuja la brisa sobre el agua. Percibe las nubes que se desplazan sobre el horizonte. Piensa en su difunta madre. El niño y la mujer entran a la cabaña.

—¿Papá?

Su papá volvió al presente de un salto, como cuando Alberto lo había despertado.

—Sí, sí. Disculpa. Dime, hijito.

—Nada, te decía que Camila estudió psicología en la universidad.

—Ah... mira tú.

No hablaron por la mayoría del trayecto de regreso a la casa de Alberto, pero su papá puso música *country*. Al igual que el cine, esa música era de las pocas cosas que podían apreciar y compartir juntos. Alberto se perdía en las historias humanas que cantaban esas voces honestas

envueltas en capas alegres de guitarras acústicas de antes, instrumentos percutivos brillantes, bajos sonrientes y violines que elevaban las historias y las hacían trascender del mundo real a un mundo mejor. Ambos tarareaban o cantaban en voz baja las canciones que conocían. Alberto notó cómo las lámparas anaranjadas de los postes de luz que flanqueaban la calle se reflejaban sobre el pavimento gris y húmedo sobre el cual rodaba el tanque.

—¿Cuándo llovió? —dijo Alberto—. Ni me di cuenta.

—¿Qué pasó, hijo? Acuérdate que aquí llueve como mi hermana jode: cuando le da la gana.

Ambos rieron unas risas profundas que gradualmente se disiparon hasta que sólo quedó música en el aire dentro del tanque. Minutos después, el tanque dejó de rodar frente a la casa de Alberto. Su papá apagó la música.

—Bueno, hijito. Feliz cumpleaños. Espero que la hayas pasado bien. Te quiero mucho.

—Yo también, papá. Y gracias.

—Ah, por cierto: no se te ocurra decirle nada a tu mamá.

—¿Estás loco? Obvio que no.

—Bueno... la coartada que le di es que fuimos al cine, por si pregunta —agregó su papá. Le dio un besito en la mejilla—. Buenas noches, hijo. Qué bueno verte. Disfruta tu fin de semana.

—Gracias, papá. Igualmente.

Alberto se bajó del tanque y entró por la reja. La cerró. Se sintió observado y juzgado mientras abría la puerta de la casa. Al abrir y entrar, se volteó y se despidió de su papá, quien estaba esperando tras los vidrios ahumados del tanque a que su hijo entrara bien. El tanque lanzó un bocinazo de despedida y rodó. Alberto cerró y trancó la puerta, con cautela, para no despertar a su mamá. Caminó sigilosamente hacia su habitación.

—¿Cómo les fue? —dijo su mamá desde otra habitación, con voz de ultratumba. «Carajo», murmuró Alberto para sí y soltó una risa nerviosa.

—¿Estás despierta? —dijo riendo—. Me asustaste.

—Más dormida que despierta, pero cuéntame: ¿Qué película vieron?

—Una ahí de esas dramáticas, pero qué buen guion.

—Ah, qué bueno, me alegro. ¿Y tu papá? ¿Bien?

—Sí, bien, ahí anda. Te manda saludos.

—Ja ja, igualmente. Bueno, hijito, buenas noches. Feliz cumpleaños.

—Gracias, mamá. Buenas noches.

Alberto entró a su habitación y trancó la puerta. Todo le parecía más callado de lo normal, y menos colorido. Se quitó la camisa y se puso un *t-shirt* blanco. Se quitó el reloj, los zapatos y la correa. Cambió el pantalón de vestir y el bóxer por un pantalón pijama con diseños de caritas felices. Se quitó las medias. Encendió el aire acondicionado. Apagó la luz. Se cubrió con las sábanas. Pensó en Laura. Se durmió llorando.

El lunes en el colegio, sonó el timbre del recreo. El sonido brillante de la campana de cobre y los gritos de libertad de sus amigos despertaron a Alberto, quien se había quedado dormido durante la clase de filosofía, sentado, apoyando la cabeza sobre los brazos que apoyaba sobre el pupitre. No durmió bien durante todo el fin de semana pensando en su cumpleaños. Casi no salió de su habitación. No hablaba si no le hablaban. Su mamá le había preguntado si se estaba resfriando, porque lo notaba muy callado, a lo cual él había respondido «no creo, aunque quién sabe con este clima». El sábado no comió nada y el domingo sólo cenó. Pensó que todo había sido

su culpa, que debió haber sido más fuerte con su papá, que tal vez así él hubiera entendido que no quería y hubieran ido al cine como en otros cumpleaños y hubieran comprado palomitas y las hubieran cubierto con sal amarilla y se hubieran comido la mitad de la caja antes de que terminaran los repartos y comenzara la película.

—¡Alberto! ¿Cómo estás? —dijo Laura, caminando hacia él. Tenía puesto el lazo verde del viernes—. ¿Qué tal pasaste tu cumpleaños?

Alberto estaba sentado, ensimismado. Laura se acercó y se sentó en el pupitre vacío a su lado.

—¿Alberto?

Alberto volvió al presente de un salto, sonrió por costumbre y escuchó una ráfaga de pensamientos: «Yo esto no se lo puedo contar a nadie, ni a mi mamá puedo, mucho menos a Laura, qué pensaría de mí, tan buena que es, y si me pregunta, bueno, digo que fui al cine con Tomás y Fernando, no, porque después les pregunta a ellos, ah, ya sé, le digo que cené con mi familia y que vimos una película, cuál película, ah, una ahí con Al Pacino, muy buena, el tipo es un actorazo, y ni loco me le declaro hoy, seguro se da cuenta de que hay algo raro, seguro lo siente, seguro siente que algo pasa, seguro que sí, tú sonríte, abre la boca, y habla normal, como si nada».

—¡Bien! Todo bien. ¿Tú cómo estás, Laura?

—Me alegro mucho. Yo estoy bien... Y te traje algo. Mira.

Laura dejó ver la mano que hasta entonces escondía tras su espalda y le dio a Alberto un libro, el cual se veía y sentía nuevo. Sin darse cuenta, Alberto leyó la portada en voz baja: «*El viaje del escritor...* por Christopher Vogler».

—¡Sorpresa! —exclamó Laura—. Escuché que hay que leerlo si uno algún día quiere escribir películas. Feliz cumpleaños. Espero que te guste.

—Wao, Laura —dijo Alberto, llenándose de amor—. Me encanta.

Olvidó la ráfaga de pensamientos, olvidó el fin de semana, olvidó su cumpleaños, el pavimento mojado, la música *rock*, los boleros, a Camila, la luz anaranjada, el perfume, la colonia, la finca, la playa, los estornudos, a su papá, la casita verde, las puertas, la reja, la voz melodiosa, a su abuelo, el tanque, el jabón, la ducha, el piso, el agua caliente, la toalla, las voces cambiantes, la cama, el ruido, la ropa, el miedo, el terror, la culpa, los dos estuches, las manos temblantes, los cubos de hielo, los insultos, la chispa, el halago, la vergüenza, a su mamá, la ira, el gobierno, los políticos, los relojes, la correa, los zapatos, las lluvias, el clima, las sábanas, las lágrimas. Olvidó el edificio, las banderitas blancas, el colegio, al vendedor de empanadas, las clases, el uniforme, la filosofía, a sus amigos, el timbre, la salida, su casa, su habitación, su ropa, su espejo, todos sus cumpleaños, toda su niñez, la niñez de su papá, la niñez de su abuelo, la niñez de todos aquellos que nunca habían logrado olvidar. Todo lo que había transcurrido en toda su vida y en todas las vidas de aquellos, lo olvidó. Sólo era consciente de sí, del libro, de Laura, del lazo verde y de los ojos azules.

—Oye, Laura.

—¿Sí?

—¿Quieres ser mi novia?